

Jóvenes y relaciones raciales.

Una aproximación a la problemática en Cuba.

Dra. Elaine Morales Chuco

Investigadora Auxiliar, Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”
Profesora Auxiliar, universidad de La Habana

Introducción

La marginación racial se expresa en la discriminación dirigida hacia aquellas personas o grupos cuyas cualidades aluden a una categoría social subestimada, catalogada de inferior, anómala o negativa. Esta particular descalificación se ha construido a partir de la diferenciación por color de la piel, representativa de orígenes raciales distintos, correspondientes a culturas e historias disímiles, cuyos vínculos con el poder también están claramente jerarquizados. De ahí que determinados grupos humanos ostenten, en función de su coloración y de los rasgos adjudicados, un estatus superior en detrimento de aquellos desplazados hacia un nivel inferior. Tal escalamiento suele reproducirse asimismo a lo interno de estas agrupaciones, estableciendo una particular dinámica en inter e intragrupal.

En el mundo actual, las diferencias raciales aún marcan estatus sociales, jurídicos y políticos, refrendados en leyes y regulaciones que estigmatizan a determinados grupos de personas. La negativa significación que puede adquirir el color de la piel se complejiza cuando se interrelaciona con peculiaridades derivadas de otras categorías sociales como género, edad y zona de residencia.

Dentro de la discriminación racial resalta aquella dirigida hacia poblaciones de origen africano e indígena, las cuales han sido sistemáticamente devaluadas y constreñidas a pobres niveles de socialización y participación. En oposición a ello, poblaciones de procedencia caucásica o europea han recibido mayores beneficios.

En Cuba esta condición tuvo su máxima expresión en la época colonial, pero aún está presente con diferentes matices. La historia de relaciones raciales arribó a 1959 plagada de inequidades, prejuicios, discriminación y contenidos inconexos entre el discurso oficial y la vida cotidiana. A partir de ese momento se inició un cambio radical en todas sus dimensiones, un proceso de integración social, permanente y dinámico, el cual discurre, con importantes retos, bajo condiciones externas e internas de tipo político, económico, social, cultural y psicológico.

El escenario cubano actual exhibe políticas sociales encaminadas a garantizar la equidad y la justicia social sin distinciones raciales, etarias, regionales y de género; sin embargo, junto a ellas coexisten concepciones transmitidas de una generación a otra, las cuales se reactivaron en las circunstancias de la crisis y la reforma económica, que transformó las relaciones sociales en todos sus ámbitos.

La actualización de los prejuicios raciales, las representaciones y las percepciones sociales que denotan predisposiciones desfavorables en relación con determinadas personas y grupos, se evidencian en comportamientos discriminatorios directos, así como en otros más sutiles que limitan las potencialidades de inserción y participación social de determinadas personas, sobre todo de las negras y mestizas. Si bien las estigmatizaciones se dirigen fundamentalmente en dirección a las personas de piel más oscura, no se debe obviar la gestación de aquellas en el sentido contrario, que dotan a las interrelaciones grupales e individuales de una particular dinámica.

A las desventajas padecidas hoy por los grupos marginados desde el ángulo racial, se agregan otras acumuladas desde épocas anteriores, que agravan la situación, complejizan su análisis y posibilidades de solución, e imprimen especificidades a la

subjetividad social e individual; se tiende a establecer gradaciones perjudiciales para uno u otro grupo racial, oposiciones, y rivalidades, obstaculizando las interrelaciones. Aspiraciones, planes futuros, autoestima, identidad personal, percepciones y actitudes, revelan la condición de favorecido o desfavorecido.

Las articulaciones de lo sociopsicológico, con otros componentes de permanente relevancia como los económicos e históricos, unidos a otros de más reciente impacto como los migratorios, y los territoriales, se encuentran en el sustrato de la reproducción de los prejuicios y de la marginación racial.

La complejidad del tema origina múltiples análisis desde distintas ciencias sociales, que aportan indispensables miradas al profundizar y colocar en perspectiva el problema. Desde la Psicológica social y con un énfasis en la interpenetración de lo individual, lo grupal y lo social, se pretende caracterizar la panorámica de los prejuicios y las relaciones raciales de los jóvenes en el contexto cubano actual, considerando algunos resultados investigativos del Centro de Estudios Sobre la Juventud.

La expresión del prejuicio en las relaciones raciales

En el análisis de la marginación racial, resulta esencial atender a la configuración del prejuicio que le da origen; este se reconoce como un tipo de actitud, sustentado en el estereotipo, es decir, en una imagen excesivamente generalizada de un objeto o fenómeno de la realidad. Su formación y modificación no se producen en abstracto, están relacionadas con determinados motivos y actividades relevantes para los sujetos, y están condicionadas histórica y socialmente. Su actual reproducción no se define por la repetición de elementos cognitivos desfavorables a un grupo determinado, sino por la identificación con los sentidos inherentes a los comportamientos devaluadores, carentes de la suficiente reprobación social.

Moscovici¹, en su estudio sobre influencia grupal y minorías activas, señaló el impacto que pueden generar los grupos descalificados, una vez que son capaces de oponer resistencia y manifestarse creativamente, con el fin de vindicar sus características más auténticas y modificar las representaciones prejuiciadas enarboladas hasta el momento por la mayoría dominante.

Por su parte Tajfel², agregó la intervención de la diferenciación social, así como los límites que de ella se derivan, y que recortan las posibilidades de ascenso social, de vínculos e interpenetraciones entre los diferentes grupos portadores de complejas identidades.

En el estudio se asume como relaciones raciales *«las formas específicas de interacción social entre individuos de diferente filiación racial, mediadas por factores históricos, económicos y socioculturales, que determinan las particularidades que en cada sociedad y en cada momento histórico concreto manifiesta el racismo.»* (Colectivo de autores, 2011: 38).

Mientras, juventud se toma como *«una categoría sociohistórica que designa al grupo humano en formación y desarrollo con rasgos sociodemográficos comunes, comprendidos entre los 15 y 30 años, época de la vida en que se produce la maduración sociopsicológica y que se especifica de acuerdo con su pertenencia a la estructura social.»* (Gómez, 2011:43).

¹ Moscovici, Serge. (1981). Psicología de las minorías activas. Ediciones Morata, Madrid, y (1986). Psicología Social II. Ediciones Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.

² Tajfel, Henri. (1984). Grupos humanos y categorías sociales. Editorial Herder, Barcelona.

El estudio acerca de la presencia de prejuicios raciales en los jóvenes cubanos, confirma varios de los postulados de los expertos cubanos en la materia³. En la indagación realizada⁴, la disposición a establecer relaciones raciales constituyó el elemento indicativo de algunas características de las actitudes en este campo, es decir, de su objeto, dirección e intensidad. Para la investigación, se modificó la escala de distancia social de Bogardus⁵; se pedía mostrar la preferencia en cuanto a la pertenencia racial de quienes desempeñarían distintos roles representantes de relaciones con diferentes grados de proximidad, ya sea de subordinación, horizontalidad, o de parentesco, léase compañero de estudio o de trabajo, jefe, vecino, amigo, familiar o pareja. Todos ellos presentes en el conjunto de vínculos interpersonales que se sostienen reiteradamente en la vida cotidiana y que implican además, procesos afectivos y de identificación. Lo anterior se solicitaba tomando como punto de referencia la filiación racial de cada joven encuestado, es decir podía elegir que la persona tuviese un color de la piel semejante o diferente del suyo, o desestimar esta característica para entablar tales nexos (Ver Cuadro N° 1 en Anexos). De ahí que, al articular las informaciones, se obtuviera una matriz de datos muy elocuente.

En un primer nivel de análisis, se estableció una correspondencia entre las preferencias para establecer relaciones raciales y lo que ellas representan en términos de actitudes prejuiciadas. Las preferencias en este orden, pueden tener un sinnúmero de elementos explicativos, acorde a las trayectorias y experiencias personales o incluso a otras ajenas, asumidas como referencias en el aprendizaje social de lo cotidiano. Cada una de ellas ha estado mediada por lo socialmente adjudicado a cada grupo racial y que ha sido transmitido por diferentes vías y en los distintos espacios de socialización.

En tal valoración interviene el proceso de identificación de cada sujeto con uno u otro grupo, y en ello se involucran a su vez varios aspectos. Por un lado la autocategorización racial, es decir, el sentido de pertenencia a una de las agrupaciones partir del examen de los rasgos propios, o incluso de los presentes o predominantes entre los familiares más cercanos; por otro, la categorización recibida desde fuera, la cual puede coincidir o no con la anterior, y por último los elementos simbólicos adjudicados a estas categorías. Ellos se interrelacionan dando lugar a una identidad racial más o menos estable, que pasa a formar parte de la identidad personal, la cual constituye un mediador importante en el proceso de interacción social.

Aún cuando no se pertenezca, se reconoce y adjudica superioridad o inferioridad a determinado grupo, en función de la coloración de su piel y de lo que ello representa o pueda representar. Generalmente, los niveles superiores se han adjudicado a las personas blancas, en tanto los inferiores, es decir la mayor depreciación, se han otorgado a los restantes grupos raciales. A las primeras se les confiere belleza física a partir del modelo eurocentrista, cualidades y comportamientos positivos asociados al éxito en cualquier ámbito de la sociedad. A negros y mestizos, se les subvalora y se les anticipa el fracaso o una ubicación social poco relevante.

No obstante, uno y otro grupo pueden reevaluarse en contextos específicos, según las peculiaridades de la situación, lo que puede conducir devaluarse o a sobrevalorarse con respecto a los otros.

La disposición a establecer relaciones interpersonales sin considerar el color de la piel, es considerada la actitud desprejuiciada, sería una valoración del “otro” no centrada en

³ Ver: Colectivo de autores. 2011. Las relaciones raciales en Cuba. Estudios contemporáneos. Fundación Fernando Ortiz, Ciudad de la Habana.

⁴ Ver. CESJ-ONE. (2005). Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe de investigación. Inédito.

⁵ Ver: Sellitz, C; Jahoda, M; Deutsch, M; Cook, S, W. (1965). Métodos de investigación en las relaciones sociales. Ediciones Rialp, S. A. Madrid.

lo que este atributo suele simbolizar, sino en otras cualidades relativas al desempeño de los roles. Las selecciones que denotan preferencias hacia uno u otro grupo traducen prejuicios, pues implican el otorgamiento de cierta relevancia a esta característica al establecer nexos interpersonales. Esta preeminencia puede llevar implícita la tendencia a conservar la uniformidad o la semejanza al interior de su agrupación, estableciendo distancia con lo diferente, o lo que es lo mismo, aceptando la homogeneidad y rechazando la heterogeneidad.

La información obtenida indica el predominio en la juventud cubana de la postura desprejuiciada, inclusiva, para la cual el color de la piel no se revela en tanto factor determinante para el establecimiento de relaciones interpersonales. Los elementos ideológicos fortalecidos con la Revolución, revalorizaron los atributos raciales, sexuales y etarios, por sólo mencionar algunos; ello ha permitido el ascenso en la escala social de las personas tradicionalmente discriminadas, léase negras y mestizas, mujeres y jóvenes. En tal sentido, las acciones educativas han contribuido a sentar las bases del intercambio desprejuiciado entre personas con distintas características, minimizando las bases de los comportamientos sexistas, racistas, regionalistas, o de otro tipo.

Unido a esto se encuentra la influencia de la histórica interracialidad de la sociedad cubana, de su mestizaje entronizado en la cultura, en sus producciones materiales y espirituales, que se transmiten informalmente de un generación a otra.

Habría que agregar, que el exhibir abiertamente una postura discriminatoria, fue y sigue siendo una actitud desaprobada en la mayoría de los escenarios, por una buena parte de los coterráneos. Ello quiere decir que la pervivencia del racismo como *rezago del pasado*, puede haber quedado circunscrita al ámbito más privado de las relaciones interpersonales, allí donde se sabe es compartida, aceptada, o al menos tolerada, o puede tomar ribetes de sutilidad percibidos con una mirada aguda. Se trata entonces del interjuego simulación-marginación, como resultado del aprendizaje social a la incorporación epidérmica de lo socialmente aceptado/promovido/impuesto.

En el caso que se expone, se aprecian también posiciones prejuiciadas en los jóvenes, expresadas en la interposición del color de la piel al establecer relaciones interpersonales, lo cual se manifiesta apostando por personas semejantes o diferentes desde el punto de vista racial (Ver Tabla N° 1 en Anexos).

La discriminación racial está presente, en un reducido sector. Las posiciones referidas a la preferencia por la similitud, han ganado más espacio que las que optan por lo diferente, es decir que se nota en primera instancia la tendencia a mantener la homogeneidad, sobrevalorando el grupo de pertenencia y depreciando los ajenos, mientras, la propensión a lo contrario, es decir, cierta insatisfacción con el grupo de pertenencia y la necesidad de aproximarse a otras categorías, resulta menor.

Si bien es cierto, que muchos mecanismos cognitivos y de la subjetividad se establecen basados en criterios referidos a la semejanza o a la proximidad física o espiritual, debido a que ambas condiciones facilitan la identificación y la interpenetración en las relaciones, especialmente cuando se trata de escenarios desconocidos, también se debe aclarar que estos elementos pasan a ser cuestionados en la medida en que ellos se interponen en la legitimación de los derechos de otras personas, es decir, cuando devienen sustento para establecer límites que ocasionan algún tipo de daño o de perjuicio.

Tales aspectos revisten especial importancia, dado que a un determinado color de la piel se le atribuyen también un conjunto específico de elementos simbólicos, favorables o desfavorables; de ahí que la adhesión a la semejanza o la diferencia represente la atracción por aquellas características adjudicadas a tales grupos, y se vincule a la aceptación o el rechazo en otros órdenes de las relaciones interpersonales.

La homogeneidad de un grupo racial, pudiera suponer la existencia de coincidencias en las expresiones a nivel de la subjetividad. Dado que las identidades grupales pueden ser construidas desde adentro hacia afuera y viceversa, la comunión visible entre los miembros de un grupo, apunta hacia la afinidad invisible entre sus miembros, y aquí subyace la satisfacción de la necesidad de apoyo, seguridad y de certeza en el contexto donde opera determinado grupo.

Por otra parte, la identidad de un grupo no sólo existe desde el autorreconocimiento por parte de sus integrantes, sino también desde la valoración de otros ajenos a él⁶. Por tal razón, quienes prefieren mantener la afinidad racialmente, se reconocen como parte de un círculo con determinadas peculiaridades con una historia en las relaciones sociales. Fracturar ese maridaje racial a lo interno del grupo, representaría fragmentar la “unidad” reconocida a esta agrupación en otros aspectos también importantes. La necesidad de ser bien valorado, de colocarse en un grupo socialmente aceptado, pudiera constituir entonces, el sustento de las respuestas juveniles en este tema.

Los datos cobran mayor connotación, debido a que son exponentes de la conducta verbal y no de la real, y que su recopilación se produjo mediante técnicas cuantitativas, que pueden restar transparencia a la expresión de los contenidos actitudinales y de las intenciones comportamentales. El empleo de metodologías capaces de captar la riqueza de la subjetividad individual y grupal, pudiera variar los datos, y explicitar la intervención de otros elementos, léase, presiones grupales, identidades, e incluso los medios de comunicación masiva, algunos de cuyos mensajes pueden generar efectos contraproducentes.

En el estudio se advirtieron variaciones en las disposiciones a establecer relaciones raciales; aquí, un factor a señalar es la proximidad espacial o psicológica entre el joven y el rol a seleccionar, o la relación jerárquica que revestían tales nexos. Los datos muestran que los jóvenes se muestran más prejuiciados en la medida en que las relaciones impliquen una mayor cercanía o intimidad; asimismo, los rangos de jefatura/subordinación tienen una ligera distinción con respecto a otros vínculos propuestos.

En los roles que suponen menos familiaridad o más igualdad en las relaciones interpersonales, tales como compañeros de estudio o trabajo, vecinos y amigos, el color de la piel de los interlocutores resulta menos relevante. Aquí es evidente el impacto de una educación desprejuiciada, tendiente a intercambios simétricos, donde prima, según las tradiciones cubanas, el acompañamiento y la cooperación.

Sin embargo, en aquellas funciones representadas socialmente con más afecto y contacto, pero sobre todo con mayor intimidad y consanguinidad, el color de la piel adquiere otro sentido para los sujetos; tal es el caso de familiares y pareja. Estos grupos constituyen espacios en los que los vínculos trascienden lo inmediato y no son fácilmente quebrantados.

Esta diferenciación puede estar asociada al sentido de un u otro rol, y de los espacios de socialización donde estos se realizan. Ambos elementos están condicionados psicológica, cultural y económicamente, y contribuyen a estructurar determinados patrones de relaciones interpersonales.

Es preciso entonces tomar en cuenta las características del funcionamiento de los microcontextos -vistos como los escenarios donde se articulan lo local y lo grupal, con las historias y trayectorias individuales-, la confluencia de las diferencias en lo socioeconómico y en cuanto a los aprendizajes sociales; así como las asignaciones de poder reconocidas en cada caso; las normas que rigen los comportamientos individuales y grupales, y los intercambios intergrupales. De la interacción de estos aspectos se

⁶ De la Torre, Carolina. (2001). Las identidades. Una mirada desde la psicología. Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello,” La Habana.

desprenden las nociones acerca de los vínculos de horizontalidad o verticalidad, así como la significación de los roles y espacios para los propios jóvenes y para la sociedad en la actualidad.

Las presiones que tales elementos ejercen en los casos de la familia y la pareja generan una mayor manifestación de las posturas prejuiciadas. A diferencia de los vínculos establecidos en función del estudio, el trabajo, la vecindad y la amistad, la familia y la pareja implican enlaces de gran trascendencia pues tienen mayores posibilidades de perpetuar y de visibilizar la interracialidad, afectando la homogeneidad real y simbólica del grupo de pertenencia. La socialización resultante de estos espacios tiene mayor impacto en la conformación de la identidad personal, pues marcan en buena medida el origen (de dónde vengo, quién soy), el devenir de cada individuo (a dónde voy, quién seré), y su legado.

El comportamiento de este fenómeno tiene un antecedente especial en el proceso de aprendizaje acontecido en la familia; este grupo horada de manera esencial la formación del individuo, de ahí que sus concepciones con respecto a las relaciones raciales puede resultar una prolongación de los pronunciamientos familiares. Así, las disposiciones prejuiciadas constatadas se corresponden con los prejuicios transmitidos al interior de este grupo⁷; están dirigidos fundamentalmente a la desvalorización de las personas negras y mestizas, y tienen un alcance especial al tratarse de la conformación de la familia joven.

En la selección de la pareja no pasan inadvertidas las disposiciones prejuiciadas indicativas de la preferencia por la diferencia racial. Aunque se trata de una expresión reducida, evidencia una inclinación hacia la heterogeneidad, que lleva implícito cierto rechazo al grupo racial de pertenencia, a lo que este representa. Este comportamiento puede tener su génesis, en la sobrevaloración del “otro”, lo cual sustenta la necesidad del acercamiento con el fin de alcanzar un estatus superior, o puede deberse a la propia subvaloración de ahí que el vínculo a establecer encierra un simbolismo particular, una ganancia o un merecimiento originado en el desafío o en el riesgo que encierra, al desconocer o transgredir las normas establecidas.

Acercarse por cualquier vía a los grupos considerados superiores, con respecto a los cuales existen límites evidentes, de cierto grado de reconocimiento y relevancia, constituye uno de los mecanismos precisados en las investigaciones de la Psicología Social Europea⁸, en los estudios de las identidades y las minorías activas. En este caso, la barrera racial –real o simbólica- empezaría a disolverse a partir de un acercamiento por la vía de las relaciones de pareja y los hijos que de ellas pudieran derivarse.

La reproducción de estos prejuicios entre los jóvenes contradice el incremento de los matrimonios interraciales en el período revolucionario. Un análisis de mayor profundidad en este tema no podría circunscribirse a los mecanismos psicológicos, subrayados aquí, y tendría necesariamente que ahondar en las condicionantes de tipo económico, que de modo determinante intervienen en la configuración de las relaciones raciales. Sería necesario dilucidar el proceso de avance, estancamiento o retroceso social en los períodos más recientes, de ciertos sectores dentro de cada uno de los grupos raciales presentes en la sociedad cubana, con respecto a los restantes. No se debe obviar que a raíz de la crisis económica, resurgieron concepciones y comportamientos aparentemente desaparecidos.

⁷ Ver Pérez, M^a M. (1996). Los prejuicios raciales: sus mecanismos de reproducción. En Temas N° 7, julio-septiembre, Págs 44-50.

⁸ Ver: Moscovici, Serge. (1981). Psicología de las minorías activas. Ediciones Morata, Madrid; (1986). Psicología Social II. Ediciones Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México, y Mugny, Gabriel. (1981). El poder de las minorías. Psicología Social de la influencia de las minorías e ilustración experimental. Ediciones Rol s.a, Barcelona.

El examen profundo de varias investigaciones en el tema⁹ pudiera aportar las concepciones, prácticas y mecanismos facilitadores de la reproducción de los prejuicios raciales. También evidenciaría hasta qué punto los grupos mantienen en su ideología lo más revolucionario de la interracialidad, el respeto por lo diferente, el reconocimiento de los valores y aportes pertinentes, y no los guía la mera compulsión a desafiar las barreras exponentes de pensamientos arcaicos y anquilosados.

El vínculo con los jefes también señala la reproducción de prejuicios. En el escenario de nexos formales prevalece en un pequeño sector de la población joven la inclinación hacia personas racialmente semejantes, lo que pudiera responder a la idea de que tal comunidad favorece el mejor intercambio entre jefes y subordinados. La “identidad racial” emerge como garante de un buen desempeño, acorde a las expectativas de los semejantes. Asimismo, pudiera estar poniendo de relieve la necesidad de apoyo, y la colocación del jefe en el rol de protector, desplazándolo de las funciones de directivo y colocándolo en otras más afectivas.

La incorporación y la expresión de los prejuicios raciales, están matizadas además, por el propio color de la piel de los jóvenes que han emitido su criterio. Unido a este elemento se encuentra la zona de residencia, pues las principales regiones del país – occidente, centro, oriente y la capital-, revelan una configuración desigual desde el punto de vista racial.

Al respecto sobresale que, si bien la ausencia de prejuicios está presente en la mayoría de los jóvenes, independientemente del color de su piel, es evidente que entre los de piel blanca la postura desprejuiciada está menos extendida; o lo que es lo mismo, los prejuicios se presentan más entre los jóvenes blancos (Ver Tabla N° 2 en Anexos).

Cabría entonces preguntarse ¿por qué en el contexto del socialismo cubano entre los jóvenes blancos se muestran más los prejuicios raciales, que en el resto de los jóvenes? ¿Cuáles son las condiciones determinantes de este comportamiento?

Son varios los factores subyacentes en esta problemática; aquellos de tipo histórico y económico revisten un papel esencial, y están asociados a la posición de poder detentada durante varios siglos por este grupo racial, que lo ha ubicado tradicionalmente por encima de negros y mestizos. Cincuenta años de construcción del socialismo no han bastado aún para erradicar totalmente los elementos ideológicos que le están asociados, y que se reprodujeron en símbolos inmateriales, en imágenes, en patrones de conducta, en modelos de consumo, que les otorgan una posición primigenia.

En tal sentido, importantes investigaciones han revelado la reproducción en la actualidad, de las asimetrías en cuanto al acceso a bienes y servicios que diferencian los niveles de satisfacción espiritual y material¹⁰; y que redundan en la elaboración de estrategias específicas con el fin de elevar o mantener el bienestar disfrutado, o de compensar los déficits padecidos en el caso de los desventajados.

El esquema de superioridad que trae aparejado y que favorece a las personas blancas, nutre lógicamente la identidad de tal grupo, contribuye a mantener delimitados los límites que los diferencian de “los otros” y que le proporcionan orgullo. Sólo que algunos de los contenidos identitarios y de los límites establecidos en este caso, menoscaban la integridad de los restantes grupos raciales y, pueden llegar a constituir una

⁹ Ver: Alvarado, Juan A. (1996). Relaciones raciales en Cuba. Notas de investigación. En *Temas*, N° 7, julio-septiembre. Nueva época. Págs 37-43; Caño, M^a del C. (1996). Relaciones raciales, proceso de ajuste y política social. En *Temas* N° 7, jul-sep, 1996, 58-65; Colectivo de autores (2011). Ob cit; Espina, R; Rodríguez, P. (2006). Raza y desigualdad en la Cuba actual. *Revista Temas*, N° 45, enero-marzo, 2006. Nueva Época, Págs 44-54; Guanache, Jesús. (1996). Etnicidad y racialidad en la Cuba actual. En *Temas* 7, jul-sep, 1996, 51-57.

¹⁰ Espina, R; Rodríguez, P. (2006). Raza y desigualdad en la Cuba actual. *Revista Temas*, N° 45, enero-marzo, 2006. Nueva Época, Págs 44-54.

barrera en las relaciones más inmediatas entre individuos y grupos, con cierta trascendencia en procesos sociales de mayor connotación.

A su vez, negros y mestizos han debido construir sus identidades a despecho de las devaluaciones de que han sido objeto históricamente, dando cabida en ellas a elementos contradictorios, que indican por una parte, el autorreconocimiento desde sus valores auténticos en todos los órdenes de lo social y por otra, acogen la necesidad de alcanzar niveles superiores de reconocimiento social, adoptando comportamientos “típicos” de personas blancas e incluso incorporando las devaluaciones¹¹. Esto explica un tanto que jóvenes negros y mestizos no sean en su totalidad personas desprejuiciadas, respetuosas del “otro”, sea cual fuere su color de la piel; la existencia de prejuicios en ellos es el resultado también de un largo y complejo aprendizaje social.

De ahí que en los contenidos de la subjetividad, en las valoraciones y percepciones acerca de las características de la personalidad y de los comportamientos individuales y grupales, la pertenencia racial constituye un factor tenido en cuenta con el simbolismo que encierra. Esto quiere decir, que generalmente, blancos por una parte y negros y mestizos por la otra, resultan justipreciados, no sólo por sus actuaciones e ideas, sino por la correspondencia entre estos y los patrones arcaicamente establecidos.

Dado que estos modelos discurren en el terreno de la subjetividad, de la ideología, su reproducción no tiene límites fijos temporales, espaciales o relacionales, por tanto ha “desobedecido” las políticas y las estrategias sociales encaminadas a resguardar los derechos a la igualdad de todos los ciudadanos y han sobrevivido hasta la actualidad, alimentados por condiciones diversas.

Los prejuicios tienen asimismo, diferentes formas de manifestarse según otros contenidos de la subjetividad que los matizan y contribuyen a darle a las actitudes una particular intensidad, así como a condicionar su aparición, según las circunstancias favorables o no para su aprobación. Según los datos disponibles, los prejuicios raciales en los jóvenes cubanos asumen una distribución regional que llama la atención. Así, la capital y las zonas orientales del país tienden a presentarse con un número mayor de jóvenes desprejuiciados al seleccionar los posibles integrantes de su familia y su pareja; mientras, las regiones occidente y centro, exhiben un número menor (Ver Tabla N° 3 en Anexos).

La peculiaridad de tal distribución regional radica en su articulación con la composición por color de la piel de cada zona, distinguiéndose precisamente las zonas occidental y central, por una mayor presencia de personas blancas; en tanto, el oriente y la capital sobresalen por su mestizaje. Esta asociación permite apuntar que en las zonas donde predominan jóvenes reconocidos como blancos, es menor la postura desprejuiciada, y paralelamente en aquellas regiones en las que se destacan negros y mestizos, ocurre lo contrario.

Cada una de estas cuatro grandes áreas posee un conjunto de características socioculturales, que le conceden una imagen específica ante sus habitantes y para el resto del país¹². A estas habría que añadir, las peculiaridades históricas, que dan cuenta de trayectorias diferentes desde el punto de vista político, desde la colonia hasta la

¹¹ Morales, Elaine. (2007). Desventaja social, marginalidad y resiliencia en adolescentes cubanos. En Colectivo de autores. Adolescencia. Una reflexión necesaria. CESJ, La Habana.

¹² Ver: Colectivo de autores (2000). Atlas etnográfico de Cuba. CD-ROM, Centro de Antropología-Centro Juan Marinello-CEISIC, La Habana.

actualidad; y por último, las económicas, especialmente las más recientes, generadas desde la crisis de los años 90 del pasado siglo hasta la fecha¹³.

Conclusiones

La manifestación de los prejuicios raciales que sustentan las relaciones raciales, obedece a la confluencia de una serie de contenidos pertinentes a la subjetividad individual y colectiva, tales como las identidades -personal y grupal-, los mecanismos asumidos para manejar los conflictos, los elementos motivacionales que sustentan las relaciones interpersonales, entre otros. Tales elementos de orden psicológico están determinados por factores de diverso tipo, entre los que se distinguen los socioeconómicos, históricos y culturales. La concurrencia de tales elementos interviene en la reproducción o reconstrucción de los prejuicios, es decir, en el ajuste de sus componentes a las circunstancias de una determinada época; y en su expresión directa o solapada, según las posibilidades de ser aprobados o no en un determinado contexto.

Ellos no tienen vida propia, ni pertenecen a una generación en particular. Aún están presentes en la sociedad cubana actual, a partir de la regeneración de las condiciones nacionales e internacionales que los favorecen, así como de la evolución compleja, y no lineal precisamente, de los procesos sociales.

Su presencia en los jóvenes tiene que ver con la posición trascendental que ellos ocupan en todas las sociedades, la cual les permite captar y exteriorizar los más agudos fenómenos sociales, reelaborando las tendencias más estables de la sociedad, pero también produciendo emergencias y cambios. En este caso, la clara expresión de prejuicios raciales entre los jóvenes cubanos, no constituye una negación absoluta de los avances sociales logrados en los últimos cincuenta años que han revolucionado la sociedad cubana, sino la revelación de desafíos educativos sistemáticos y profundos, que no deben fragmentarse, ni diluirse en generalidades, sino concretarse y articularse de manera coherente en la familia, la escuela, la comunidad y los medios de comunicación, sustentada en las condiciones socioeconómicas actuales.

Bibliografía

Alvarado, Juan A. (1996). Relaciones raciales en Cuba. Notas de investigación. En Temas, N° 7, julio-septiembre. Nueva época. Págs 37-43.

Caño, M^a del C. (1996). Relaciones raciales, proceso de ajuste y política social. En Temas N° 7, jul-sep, 1996, 58-65.

CESJ-ONE. (2005). Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe de investigación.

Colectivo de autores (2011). Las relaciones raciales en Cuba. Estudios contemporáneos. Fundación Fernando Ortiz, Ciudad de la Habana.

De la Torre, Carolina. (2001). Las identidades. Una mirada desde la psicología. Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello," La Habana.

Espina, R; Rodríguez, P. (2006). Raza y desigualdad en la Cuba actual. Revista Temas, N° 45, enero-marzo, 2006. Nueva Época, Págs 44-54.

¹³ Iñiguez, Luisa; Pérez, Omar Everleny. (2004). "Espacio, territorio y desigualdades sociales en Cuba. Procedencia y sobreimposiciones" en Pérez Villanueva, Omar Everleny. Reflexiones sobre economía cubana. La Habana: Ciencias Sociales.

Colectivo de autores. (1997). Efecto de políticas macroeconómicas y sociales sobre los niveles de pobreza. El caso Cuba en los años 90. INIE- CIEM.

- Gómez, Luis. (2011). La juventud como categoría social. En Colectivo de autores. Lecturas de la realidad juvenil cubana a principios del siglo XXI. UNFPA, Editora Abril.
- Guanche, Jesús. (1996). Etnicidad y racialidad en la Cuba actual. En Temas 7, jul-sep, 1996, 51-57.
- Morales, Elaine. (2007). Desventaja social, marginalidad y resiliencia en adolescentes cubanos. En Colectivo de autores. Adolescencia. Una reflexión necesaria. CESJ, La Habana.
- _____ (2011). Adolescencia, juventud y marginación. Un análisis en Cuba. En Colectivo de autores. Lecturas de la realidad juvenil cubana a principios del siglo XXI. UNFPA, Editora Abril.
- _____. (2011). La percepción social del proceso de marginación. Un estudio psicosocial en la juventud cubana. Tesis en opción al Grado de Doctora en Ciencias Psicológicas.
- Moscovici, Serge. (1981). Psicología de las minorías activas. Ediciones Morata, Madrid.
- _____. (1986). Psicología Social II. Ediciones Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.
- Mugny, Gabriel. (1981). El poder de las minorías. Psicología Social de la influencia de las minorías e ilustración experimental. Ediciones Rol s.a, Barcelona.
- Pérez, María M. (1996). Los prejuicios raciales: sus mecanismos de reproducción. En Temas N° 7, julio-septiembre, Págs 44-50.
- Rodríguez, Lázaro I. (2008). ¿Todos los negros toman café? Políticas públicas de cultura, equidad, raza y pobreza como condición cultural. En Zabala, M^a del C. (comp) Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe. Siglo del Hombre Editores y CLACSO. Bogotá.
- Rodríguez, Pablo; Estévez, R, C. (2006). Apuntes teóricos para un estudio antropológico sobre la marginalidad, la pobreza y la exclusión social: encuentros y desencuentros. CATAURO. Revista Cubana de Antropología. Año 7/ N° 13/ 2006, págs. 4-24.
- Tajfel, Henri. (1985). Grupos humanos y categorías sociales. Editorial Herder, Barcelona.
- Villa, Miguel, et al. (2000). Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe. Problemas, oportunidades y desafíos. Centro Latinoamericano de Demografía, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Fondo de Población de Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- Volnovich, Juan C. (2002). Adolescencia, pobreza, subjetividad. En Revista Encrucijadas. Universidad de Buenos Aires, N° 16, Año dos, Feb 2002.
- Zabala, M^a del C. (2008). Análisis de la dimensión racial en los procesos de reproducción de la pobreza. El rol de las políticas sociales para favorecer la equidad social en Cuba. En Zabala, M^a del C. (comp) Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe. Siglo del Hombre Editores y CLACSO. Bogotá.

ANEXOS

Cuadro N° 1 Categorización para el análisis de la disposición a establecer relaciones raciales

Preferencias de color de la piel	Tipo de disposición
Similar	Prejuiciada
Distinto	
No importa el color	Desprejuiciada

Tabla N° 1. Disposición a establecer relaciones raciales

	Compañeros de estudio o trabajo	Jefe	Vecinos	Amigos	Familia	Pareja
Desprejuiciada	98,3	97,3	98,6	98,4	92,8	67,5
Prejuiciado (similar)	1,4	2,2	1,1	1,3	7	29,8
Prejuiciado (distinto)	0,3	0,5	0,3	0,3	0,2	2,7

Fuente: CESJ-ONE. Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe de investigación, 2005.

Tabla N° 2. Disposición desprejuiciada a establecer relaciones raciales en la familia y la pareja según color de la piel.

	Blanco	Mestizo	Negro
Familia	89,9	98	97
Pareja	57,3	80,5	89,9

Fuente: CESJ-ONE. Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe de investigación, 2005.

Tabla N° 3. Disposición desprejuiciada a establecer relaciones raciales en familia y pareja por regiones en %

REGIONES	FAMILIA	PAREJA
	Desprejuiciado	Desprejuiciado
CUBA	92,8	67,5
C. Habana	95,1	75,9
Occidente	84	52,8
Centro	91,3	56,2
Oriente	97,5	78,6

Fuente: CESJ-ONE. Tercera Encuesta Nacional de Juventud. Informe d